

Misa del quinto domingo del Tiempo ordinario
Para honrar a los ganadores del Concurso de Ensayos sobre el Respeto a la Vida
Catedral Santa María de la Asunción
9 de febrero de 2020

Su Excia. Revma. Mons. Salvatore J. Cordileone

Estoy muy contento de dar la bienvenida a nuestra catedral hoy a los estudiantes que participan en el Concurso de Ensayos sobre el Respeto a la Vida. Esto es algo que hacemos en la arquidiócesis todos los años en esta época. Estudiantes de toda la arquidiócesis escriben ensayos sobre la importancia del respeto a la dignidad de la vida humana en todas sus etapas, todas sus condiciones desde la concepción hasta la muerte natural. Estoy muy contento y complacido de darles la bienvenida hoy aquí y espero unirme a ustedes en la recepción posterior donde podré reconocerlos de una manera más personal.

Estos estudiantes están dando un ejemplo de las muchas maneras en que podemos vivir lo que nuestro Señor nos llama en el evangelio para la misa de hoy. Él usa estas imágenes para sus discípulos. Una imagen que usa aquí es la de la sal. Ahora, la sal podría parecernos extraña hoy en día como una imagen para el discipulado, porque es una mercancía tan ordinaria, algo casi anodino. Es un artículo de uso diario. Pero no tanto en el mundo antiguo. Una cosa que podemos entender o que tiene algún sentido para nosotros, como era el caso en la antigüedad, es cómo la sal da sabor a la comida. Y sabemos que la comida sin sal no tiene gusto. No tiene sabor, por lo que no se disfruta de la comida. La sal cambia todo eso.

Pero además de eso, en el mundo antiguo, la sal se usaba para preservar la comida. Recuerden que no había refrigeración. La única manera que tenían de preservar la comida era usando la sal. Así que la sal tenía un valor muy alto; de hecho, tanto que en la antigua Roma, cuando el Imperio estaba corto de dinero, pagaban a los soldados con sal. De hecho, de aquí es de donde sacamos nuestra palabra en “salario”.

Otro ejemplo: ustedes conocen el antiguo dicho “Todos los caminos llevan a Roma”, y en la antigua Roma había caminos que llevaban desde todas las direcciones a la ciudad. Hasta el día de hoy, el camino que viene del noreste hacia la ciudad, todavía se llama la Vía Solaria porque era el camino por el que llevaban el suministro de sal a la ciudad de Roma.

Así que vemos lo importante, el valor que tenía la sal en el mundo antiguo. Y así esta imagen resonaba realmente en la gente de entonces, como todavía lo hace para nosotros hoy en día si consideramos este aspecto de la sal que da a la comida su sabor. En el antiguo mundo judío, la sal también se usaba como imagen. Para ellos era una imagen de la ley, la Torá, la Ley Mosaica, la ley de Dios que daba sabor a la vida y preservaba nuestra vida, para vivir bien la vida.

Ahora bien, podría parecernos extraño, utilizar una imagen como esa para la ley, dando sabor a la vida y preservando también, porque la ley para nosotros, creo, parece algo más de una carga o de una restricción, aunque sea necesariamente así, un cuerpo de normas y reglamentos. Pero eso no es lo que la ley significa en la mente bíblica. En la mente bíblica, la ley significa revelación. Es la enseñanza de Dios; Dios nos comunica su verdad.

Vemos a nuestro Señor enseñando sobre el discipulado aquí en el evangelio al principio del Sermón de la Montaña. Y la Iglesia en este momento tiene diferentes extractos de estos tres capítulos del evangelio de San Mateo, que es una especie de compendio de su enseñanza moral. Comienza con las bienaventuranzas. Recuerden la escena: él sube a la montaña para comenzar esta enseñanza del Sermón de la Montaña y comienza con la lista de las bienaventuranzas. Esa habría sido la lectura del evangelio de la semana pasada, para el cuarto domingo del tiempo ordinario, excepto que la semana pasada fue el 2 de febrero, por lo que la Fiesta de la Presentación del Señor en el Templo tenía prioridad sobre la misa dominical del tiempo ordinario.

Pero es dentro de este contexto de nuestro Señor, enseñando este tipo de compendio de su enseñanza moral, en que él está dando esta enseñanza sobre el discipulado. El punto es que, para ser un verdadero discípulo suyo, no es una cuestión de observancia externa. Eso por sí mismo no significa nada. Lo que realmente importa es adherir a la verdad de Dios, así que a la ley en este sentido más profundo, como la Biblia lo entendía. No sólo observando las normas y reglamentos en un sentido externo, sino poniendo el corazón en ello, observando el verdadero espíritu de la ley, poniéndolo en práctica y especialmente en lo que respecta a la atención a los pobres.

Y en esto, nuestro Señor estaba de acuerdo con los profetas que vinieron antes que él en los tiempos del Antiguo Testamento, que llamaban constantemente al pueblo a ser fieles al pacto, viviendo el verdadero espíritu de la ley y cuidando de los pobres. Escuchamos este mensaje de nuevo hoy en nuestra primera lectura del profeta Isaías. Isaías aquí, dentro de este contexto, está hablando del verdadero ayuno. El verdadero ayuno significa cuidar de los pobres, como él dijo, compartir el pan con los hambrientos, cuidar de los necesitados. Pronto sabremos más sobre esto, ya que la Cuaresma está cerca.

San Pablo también aprendió una lección similar, no exactamente lo mismo, pero una lección similar en su propia experiencia. Cuando dice a los cristianos de Corinto, en nuestra segunda lectura: “Cuando les hablé y les prediqué el Evangelio, no quise convencerlos con palabras de hombre sabio; al contrario, los convencí por medio del Espíritu y del poder de Dios, a fin de que la fe de ustedes dependiera del poder de Dios y no de la sabiduría de los hombres”, está hablando de una experiencia que acaba de tener. Sabemos por los Hechos de los Apóstoles que San Pablo fue a Corinto después de estar en Atenas. En Atenas, tuvo una experiencia en la que fue a lo que llamaban el Areópago. Esto era algo así como el foro público donde los filósofos se reunían, por supuesto, los griegos fueron los grandes filósofos del mundo antiguo. Y debatían y discutían estas nobles ideas filosóficas.

Así que San Pablo, siendo muy bien educado, era un judío, un judío muy observante, pero también un ciudadano romano, tan bien educado a la manera de los romanos y los griegos. Así que pensó que iría allí y trataría de comunicar la verdad del evangelio en términos filosóficos y la forma en que estos griegos podían entender. Pero sorprendentemente, no tuvo mucho éxito. Ganó unas pocas almas para Cristo, unos pocos vinieron y se hicieron discípulos, pero la mayoría no. Especialmente no estuvieron convencidos por un salvador que fue crucificado. No podían aceptarlo. Así que descubrió que usar ese tipo de lenguaje no funcionaba, y a eso se refiere aquí cuando dice sabiduría humana, se refiere a la filosofía de los griegos. Y por eso les dice: “resolví no hablarles sino de Jesucristo, más aún, de Jesucristo crucificado”. Es el

testimonio de una vida santa, pura y simple, que proclama la verdad de Dios mucho más que los discursos elocuentes y los argumentos sofisticados.

Tenemos mucho que aprender de su experiencia, incluso en nuestros días. Hablamos mucho sobre la evangelización en estos días y estamos tratando de averiguar, cómo podemos comunicarla efectivamente. Necesitamos buenos argumentos, pero eso se queda corto, especialmente por sí mismos. Es el testimonio de una vida santa. Es participar en una auténtica relación humana. Tiene que venir del amor. A menudo pienso en la frase del gran arzobispo Fulton Sheen que fue un maestro en ganar conversos para Cristo. Y alguien que era fue gran orador y podía dar discursos elocuentes. Pero incluso él, el gran orador Fulton Sheen, solía decir, “Cuando un argumento pierde sal, tiene que salir de una auténtica relación humana, por amor”.

Esto, creo, tiene una aplicación especial para el evento que nuestra catedral organiza hoy con el Concurso de Ensayos sobre el Respeto a la Vida y los reconocimientos que daremos a estos estudiantes después de la misa. Tiene una aplicación especial cuando se trata de defender la igual dignidad de la vida en el útero. Sí, tenemos los argumentos, tenemos la ciencia de nuestro lado, especialmente tenemos los sonogramas de nuestro lado. Pero parece que eso solo no basta para cruzar la línea de meta. Es realmente importante, pero lo que realmente importa es la convicción interna de la justicia de esta causa, la convicción interna de lo justo de esto y la urgencia de ello, junto con la compasión por aquellos que están sufriendo a causa de ello, que han sido víctimas, especialmente por la industria del aborto, y también la compasión por aquellos que no están de acuerdo con nosotros en este tema, reconociendo lo engañados que están y extendiendo la mano en compasión de nuevo a partir de una relación auténtica.

Esto nos lleva a la otra imagen que nuestro Señor usa en el evangelio de hoy para sus discípulos, la de la luz. “Ustedes son la luz del mundo... Que de igual manera brille la luz de ustedes ante los hombres, para que viendo las buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su Padre, que está en los cielos”. La luz significa que debemos ser imágenes de esta luz. Debemos manifestar esta luz. Debemos hablar. Debemos hacerlo en público. Así que las manifestaciones por la bondad de la vida, como la Caminata por la Vida: la acogimos aquí una vez más hace dos semanas como lo hacemos cada año aquí en nuestra Arquidiócesis. Hablar cuando sea necesario, no callar, no acobardarse por miedo. Hay quienes intentan intimidarnos para que guardemos silencio sobre esto; pero no nos acobardamos ante eso, sino que hablamos con firmeza de convicción y en caridad, y también sobre lo que somos hoy en día. Sí, comunicando esta verdad por escrito también, como lo han hecho los estudiantes que participaron en el concurso de ensayos.

Pero de nuevo, debemos recordar siempre, nada de esto funcionará sin hacer el trabajo interior, la pureza del corazón y la pureza de la motivación, el amor de un solo corazón a Dios y el querer complacerlo, viviendo de acuerdo a su enseñanza, de acuerdo a su ley en el sentido bíblico, de acuerdo a su revelación y su amor por nosotros. Esta es la vida de la bienaventuranza, bienaventuranza que significa la verdadera felicidad, no los placeres fugaces, sino la verdadera felicidad profunda, permanente y duradera que sólo Dios puede dar.

El verdadero discípulo es el que entiende que vivir según el camino de Dios es lo que le da sabor a la vida. Es lo que nos preserva para la vida eterna, y que el camino del mundo es soso, insípido y conduce a la perdición.

Quiero aprovechar esta oportunidad, entonces, para agradecerles a los estudiantes que han participado en el concurso de ensayos, y felicitarlos por haberlo hecho. Todos ustedes son ganadores a los ojos de Dios. Y tomemos a pecho la enseñanza que recibimos de San Pablo en nuestra segunda lectura de hoy, su Primera Carta a los Corintios. Resolvamos no conocer nada más que a Jesucristo y a él crucificado, para que nuestra fe no descansa en la sabiduría humana, sino en el espíritu y el poder de Dios.